

Cuerpo y sexualidad humana. Una aproximación filosófica

Jordi Corominas

Sex contains all, bodies, souls,
Meanings, proofs, purities, delicacies,
results, promulgations,
Songs, commands, health, pride,
the maternal mystery, the seminal milk,
All hopes, benefactions, bestowals,
all the passions, loves, beauties, delights of the
earth,
All the governments, judges, gods,
follow'd persons of the earth,
These are contain'd in sex as parts
of itself and justifications of itself.

Walt Whitman

¡Y que trajín, ir, venir
Con el amor en volandas,
de los cuerpos a las sombras,
de lo imposible a los labios,
sin parar, sin saber nunca
si es alma de carne o sombra
de cuerpo lo que besamos,
si es algo! ¡Temblando
de dar cariño a la nada!

Pedro Salinas

La sexualidad humana es un tema fascinante y a la vez de una gran complejidad. Ya empieza siendo complicado definirla. Basta echar un vistazo a Wikipedia y leer la definición que se da en diversos idiomas para ver que hay bastantes diferencias de apreciación. Además, como amara todas las dimensiones de nuestra humanidad, resulta



difícil deslindarla de otras facetas humanas y acotar su campo específico. El poema de Whitman y la definición de la Organización Mundial de la Salud, con la que me quedo, expresa muy bien esta omnipresencia de la sexualidad: “Un aspecto central del ser humano, presente a lo largo de su vida. Abarca al sexo, las identidades y los papeles de género, el erotismo, el placer, la intimidad, la reproducción y la orientación sexual. Se vive y se expresa a través de pensamientos, fantasías, deseos, creencias, actitudes, valores, conductas, prácticas, papeles y relaciones interpersonales. La sexualidad puede incluir todas estas dimensiones, no obstante, no todas ellas se vivencian o se expresan siempre. La sexualidad está influida por la interacción de factores biológicos, psicológicos, sociales, económicos, políticos, culturales, éticos, legales, históricos, religiosos y espirituales”.

Como la sexualidad cruza todas las dimensiones humanas es abordada por casi todo el conjunto de los saberes humanos.

Sin duda, cada una de las ciencias y saberes pueden enseñarnos algo sobre ella, pero al final nuestra sexualidad se resiste a un estudio objetivo. Solo se puede vivir subjetivamente, singularmente. Si intimamos con las personas, si nos dan cuenta de su singularidad, pronto encontramos diferencias enormes que no encajan con las formas más extendidas de pensar la sexualidad. Para algunas personas es muy importante que el sexo esté inserto en un contexto de sentido, para otras lo importante es que no lo esté. Hay quienes se reivindican como asexuales, sin ningún género de trauma ni represión, y quienes parecen obsesionados por el sexo. Tendemos a patologizar lo que se sale de la norma y bajo divisiones en principio liberadoras se establecen nuevos dogmas, patologías y cirugías como si la realidad debiera plegarse al concepto. Es lo que ilustra el siguiente chiste:

Un hombre va a probarse una americana. Al ponérsela se queja de que la manga es demasiado larga, la otra demasiado corta, que no se la puede abrochar y que el cuello no le alcanza, a lo que el sastre responde: “Tranquilo, si encoge el brazo derecho, alarga el izquierdo, se pone un poco curvado y esconde la barriga, le queda perfecto”. Al salir el cliente a la calle con la americana puesta un transeúnte le comenta a otro: “Mira que tío más desgarrado, pobre, suerte de su americana”¹.

Las identidades, las categorías, los discursos, son ambivalentes. Nos hacen viables, pero nos someten, nos ofrecen un sentido, pero nos impiden acercarnos a nuestra complejidad y singularidad radicales. Como decía Paul Ricoeur: “la sexualidad quizás sea en el fondo impermeable a la reflexión e inaccesible a la conquista humana”². Creo que es importante partir de esta inasibilidad de la sexualidad, del reconocimiento de que nuestra ignorancia supera siempre con creces nuestro conocimiento, y de la ambivalencia de todo discurso, para huir de actitudes defensivas y de pontificaciones de todo tipo bastante frecuentes en este campo. Si, como creo, P. Ricoeur y G. Coll-Planas tienen razón, las tesis que podamos alcanzar sobre la sexualidad son provisionales e inevitablemente sesgadas: iluminan un aspecto, pero oscurecen otro.

Esta conciencia de la provisionalidad y ambigüedad de cualquier discurso sobre la sexualidad nos impide pensar que alguna disciplina académica o clínica pueda proporcionarnos una manera infalible, o mejor que ninguna otra, de entender la sexualidad humana. Las intuiciones de muchas personas, desde las pensadoras feministas hasta los biólogos moleculares, son esenciales para la comprensión de la sexualidad. Por mi formación filosófica, aquí abundaré en lo que conozco un poco más, es decir, en una perspectiva filosófica.

¹ Gerard Coll-Planas, *La voluntad y el deseo*, Editorial Egales, Barcelona, 2010, p. 248

² P. Ricoeur, “Sexualidad: la maravilla, la inestabilidad, el enigma”, *Historia y verdad*, Madrid, Encuentro, 1990, p. 182

Hay tres cualidades de la filosofía que creo que pueden aportar alguna luz al acercamiento a la sexualidad humana. La primera es su espíritu crítico, su capacidad de detectar viejos esquemas bajo odres nuevos: dualismos y esencialismos que se enmascaran bajo otros nombres y a menudo bajo una jerga científica. La segunda es su vocación de poner orden entre los diferentes saberes, pues algunos de los errores más extendidos en muchos artículos sobre la sexualidad es una inadecuada comprensión del alcance, valor y límites de la disciplina desde la que se aborda. Por ejemplo, es fácil encontrar autores que profesan un cierto cientificismo: la idea de que los métodos característicos de las ciencias naturales son la única fuente de conocimiento genuina, o un cierto fundamentalismo: el desprecio de las investigaciones científicas y de los saberes críticos cuando no concuerdan con sus ideas religiosas o filosóficas. Y la tercera es la posibilidad que nos brinda la filosofía de instalarnos en una cierta perspectiva global que nos es tan imprescindible, para no perdernos en el bosque, como el conocimiento particular.

Antes de intentar una cierta sistematización en la aproximación a la sexualidad humana me detendré en la formulación de cuatro problemas con el propósito de situarnos de entrada en el corazón de muchas de las discusiones actuales, tanto científicas como políticas y filosóficas, sobre el sexo y la sexualidad:

1. ¿Hay algo natural en el sexo?
2. ¿Hay alguna manera de determinar quién es hombre y quién es mujer?
3. ¿Debemos aplicar cirugía inmediata a los nacimientos intersexuales?
4. ¿El transexual debe acordar quirúrgicamente su sexo y su género?

Después esbozaré tres tipos de planteamientos desde los que se suele responder a las preguntas anteriores y comprender la sexualidad humana: el planteamiento del construccionismo moderado, el del ultraconstruccionismo y el del esencialismo o reduccionismo biologicista. Finalmente intentaré aproximarme a la sexualidad desde una perspectiva sistémica que creo que tiene diversas ventajas, como intentaré exponer, respecto a los planteamientos anteriores.

1. ¿Qué es natural en el sexo?

Una primera observación es que en el tema de la sexualidad humana tendemos a considerar como “natural”, a dar por universales, aquellos valores, hábitos y costumbres que nos son dados por la estructura sociocultural a la que pertenecemos. Así, una sociedad puede considerar enteramente “natural” que haya poligamia³, o que sea la mujer a la que

³ Según P. M. Murdock de 849 sociedades 708 permiten la poligamia (83'5 %) 137 sociedades son monógamas (16%) y poliándricas. Cf. P. M. Murdock, *Ethnographic atlas*. University of Pittsburgh, Pittsburgh, 1967.

le corresponda un rol dominante, la que se cuide de la producción de bienes y de llevar la iniciativa en lo erótico, mientras el varón es un compañero dependiente, tímido, sentimental y coqueto⁴. Si nos fijamos en los actos homosexuales⁵ éstos no solo tienen significados diferentes según la sociedad en que se manifiesten: la Grecia de Homero, el Japón feudal, los asando de Sudán, los zambia de Papua Nueva Guinea, los hijras de la India, los xanith de Omán, el we'wha de los zuñi de Norteamérica, los tapirapé del Brasil o los gays del barrio de Chueca de Madrid, sino que también son actos diferentes, prácticas nítidamente diferenciadas⁶.



4 Este tipo de roles, contrario a nuestros estereotipos, es lo que Margaret Mead descubre en algunas culturas. Cf. Margaret Mead, *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, Paidós Ibérica, 2006.

5 Es interesante observar que no existen animales enteramente homosexuales, es decir, que se relacionen exclusivamente con miembros de su mismo género. Los bonobos, por ejemplo, son literalmente pansexuales, pero hasta donde sabemos no se ha encontrado una orientación homosexual exclusiva entre los animales. Cf. Franz Whaal, *El mono que llevamos dentro*, Tusquets, Barcelona, 2010, p.106 ss.

6 Gilbert Herdt, *Same sex, different cultures, exploring gays and lesbian lives*, Westview Press, USA, 1997. Ha sido en los últimos cien años que en la cultura occidental ha empezado a considerarse que la actividad homosexual es algo que cierto tipo de personas realiza. Aunque también en este tipo de afirmaciones tenemos que ser extremadamente cautelosos, pues desconocemos muchos usos de culturas desaparecidas o exterminadas. Por ejemplo, según Bret Hinsch entre los Tapirapés, cuando el hombre se casa vive con su esposa, y cuando ésta se queda embarazada, otros hombres tienen trato sexual con ella pues se cree que el niño o la niña será más fuerte con más semen. La cultura Tapirapé, conformada por un grupo indígena del Mato Grosso del Brasil que ha entrado muy recientemente en contacto con las culturas occidentales, es una de las pocas culturas fuera de la cultura Occidental en la que los hombres adultos pueden tener relaciones homosexuales igualitarias con otro adulto sin que ninguno de ellos tome un rol femenino. Cf. Bret Hinch, *Passions of the Cut Sleeve*, University of California Press, 1990, p.13

Una de las grandes aportaciones de los estudios antropológicos es cuestionar que exista algún tipo de estructuración universal de la sexualidad. Pero de toda la ingente variedad de estructuraciones que nos muestra la antropología quizás podemos sacar una conclusión: Lo universal no es un determinado tipo de organización, sino la necesidad de estructurar socialmente la sexualidad humana con todo el aparato de prohibiciones, tabúes y hábitos que ello conlleva. Lo universal es que haya siempre prohibiciones interiorizadas, pero, estrictamente, no hay ninguna prohibición determinada universal. Schelsky lo dice muy bien: «Una vez que se consigue hacer que las normas sexuales establecidas por la sociedad parezcan indudables a la conciencia social y humana que una sociedad tiene de sí misma, a todos les resulta natural comportarse de acuerdo con ellas. Pero entonces el calificativo de natural de ningún modo tiene

una connotación biológica, sino que es indicación de que la norma no se pone en duda»⁷.

2. ¿Cómo decidir si una deportista es hombre o mujer?

María Patiño, la mejor vallista española en los juegos olímpicos de 1988, no pasó el control de sexo. Parecía una mujer, pero los exámenes revelaron que las células de Patiño tenían un cromosoma Y y que sus labios bulbares ocultaban unos testículos. Es más, no tenía ni ovarios ni útero. Fue despojada de todos sus títulos, su novio la dejó y pasó un auténtico calvario. Aunque tuviera un cromosoma Y y sus testículos produjeran testosterona de sobra, sus células se habían desarrollado como una mujer pues era congénitamente insensible a los andrógenos. Como resultado, su cuerpo nunca desarrolló rasgos masculinos. Al cabo de dos años y medio, la *International Amateur Athletic Federation* la rehabilitó, y en 1992 se reincorporó de nuevo al equipo olímpico español, convirtiéndose en la primera mujer que desafiaba el control de sexo para las atletas olímpicas⁸.

La atleta sudafricana Caster Semenya fue sometida a los test de “verificación de sexo” en 2009 tras ganar el oro en los Mundiales de Atletismo de Berlín. Se comprobó que su cuerpo producía de forma natural tres veces más hormonas

masculinas (testosterona) que la media de las mujeres. Fue apartada de la pista. Del mismo modo, Dutee Chand, campeona india en salto de vallas, fue suspendida en 2015 por exceso de testosterona al considerarse que le proporcionaba una ventaja comparativa frente a sus rivales. El Tribunal de Arbitraje Deportivo (TAS) determinó que los científicos no pudieron indicar cuánta ventaja otorga esta producción natural de testosterona como para ser motivo de descalificación. Y más importante aún: dictaminó que este control del exceso natural de testosterona discrimina a las mujeres, porque solo se les aplica a ellas cuando los hombres también la producen de forma muy diversa. Un estudio del propio Comité Olímpico Internacional muestra que el 13,7% de las atletas tienen niveles de testosterona por encima del rango habitual de las mujeres, y que un 4,7% tienen niveles que entran en la horquilla de lo considerado masculino. Del mismo modo, un 16,5% de los atletas de élite tienen niveles de testosterona por debajo del rango masculino, y un 1,8% de ellos caen en niveles considerados femeninos.

Para abrir cancha a los transexuales la recomendación del COI es que a partir de 2016 el criterio diferenciador entre hombres y mujeres no sea el sexo, sino los niveles de testosterona, y que el test se aplique tanto a hombres como mujeres: los hombres que quieran competir con mujeres han de tener un nivel de testosterona inferior a 10 nanogramos por mililitro

⁷ Helmut Schelsky, *Sociología de la sexualidad*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires. 1962, p. 55

⁸ Anne Fausto-Sterling, *Cuerpos sexuados*, Ed. Melusina, Barcelona, 2006, p. 15 ss.

de sangre⁹ y, en consecuencia, someterse a tratamiento con estrógenos para frenar su producción y las mujeres que quieran competir con hombres tendrán que someterse a tratamientos contrarios con testosterona sintética, un anabolizante paradójicamente prohibido por el Código Mundial Antidopaje.

Los casos de Patiño, Semenya y Dutee Chand son algunos de los muchos que existen sobre mujeres y hombres cuyas características genéticas o fisiológicas no concluyen a qué sexo pertenecen. No existen parámetros claros que determinen en todos los casos lo que es ser hombre o mujer. El debate en el terreno deportivo está ahora en torno al constructo “ventaja competitiva”. El argumento empleado por el COI es que las hormonas androgénicas (como la testosterona) mejoran el rendimiento y pueden aportar una ventaja en la práctica del deporte. Sin embargo, existen otras muchas características fisiológicas o genéticas que no son objeto de este análisis y que también tienen el mismo efecto (tener más altura, flexibilidad o mejores pulmones etc.). Obligar a una mujer deportista a hormonarse para compensar la “ventaja” que puede darle los niveles “elevados” de testosterona que genera su propio cuerpo, es como obligar a un jugador de baloncesto de altura “elevada” por efecto de sus hormonas a intervenciones médicas que compensen su ventaja respecto al resto. Podemos preguntarnos si lo que realmente preocupa es “la ventaja competitiva” o más bien la

desestabilización del principio del dualismo sexual en el que se asienta toda la institucionalización del deporte y, más aún, toda una estructura social basada en la diferencia sexual.

3. ¿Hay que gestionar medicamente la intersexualidad?

La comprensión profunda de las bases fisiológicas de la intersexualidad, junto con el mejoramiento de las técnicas quirúrgicas, especialmente a partir de la década de los cincuenta, comenzó a hacer posible que los médicos reconocieran a la mayoría de intersexuales ya desde su nacimiento¹⁰. Un equipo médico multidisciplinar se suele encargar del bebé que genera dudas sobre su sexo. Este equipo decide asignarle rápidamente un género masculino o femenino sabiendo que no se pueden predecir con seguridad los cambios físicos que le sobrevendrán en la adolescencia e ignorando si la persona se sentirá a gusto con el sexo asignado¹¹.

Los médicos que priorizan la morfología genital suelen asignar más sexos femeninos, mientras que los que se guían por el criterio cromosomático asignan más sexos masculinos, ya que la mayoría de los

¹⁰ En 2006 se estableció en Chicago el primer consenso médico a nivel internacional para tratar las llamadas “anomalías de diferenciación sexual” y se planteó por primera vez la posibilidad de retrasar la edad en la cual se realizan las cirugías pero no la posibilidad de no realizarlas.

¹¹ Algunos estudios psicológicos sobre intersexuales intervenidos quirúrgicamente de pequeños revelan que un 25% no está satisfecho con el género que se les asignó. Cf. Nuria Gregori Flor, “Llegar a ser mujer/hombre desde un diagnóstico de intersexualidad”, *Cartografías del cuerpo*, op. cit., p. 430

⁹ Lo normal en el hombre es de 35 a 120 nanogramos.

intersexuales tienen un cromosoma Y. Sin embargo, habitualmente se suele priorizar la morfología genital puesto que es más fácil eliminar que crear nuevas estructuras, lo que supone que al 90% de los bebés intersexuales se les asigna el sexo femenino¹². Finalmente se informa a los padres de la decisión e inmediatamente se somete al intersexual a intervenciones quirúrgicas y a tratamientos hormonales que se suelen extender por varios años e incluso de por vida.

Se podría pensar que los bebés intersexuales son muy excepcionales, pero no es el caso. Las estimaciones son del orden del 1 a 1'7 por ciento. En una localidad de 300.000 habitantes habría 5100 personas con diversos grados de intersexualidad. Si comparamos esta proporción con el albinismo, observamos que los albinos son mucho menos frecuentes que los intersexos: sólo 1 de cada 20.000 nacimientos¹³.

El control médico de la intersexualidad se legitima por la voluntad de evitar el sufrimiento de las personas intersexuales. Pero tras este anhelo subyace la asunción de que debe haber sólo dos sexos y que no es posible una vida humana psicológicamente saludable con un sexo ambiguo.

12 Cheryl Chase, *El eje del mal es heterosexual. Figuras, movimientos y prácticas feministas queer*, Traficantes de sueños, Madrid, 2005, p. 90

13 Anne Fausto-Sterling, "Uso y abuso del intersexual moderno", *op. cit.*, p. 65 ss. La intersexualidad además no se distribuye uniformemente en el mundo. Muchas formas de intersexualidad se deben a alteraciones genéticas y en algunas poblaciones los genes implicados son mucho más frecuentes que en otras.

No es tan claro, como pretenden algunos cirujanos, que estas operaciones solo respondan a cuestiones de salud y no a necesidades culturales. Como pregunta S. García Dauder "¿es la intersexualidad una enfermedad o una condición de no conformidad física con criterios culturalmente definidos de normalidad cultural? ¿El problema está en los cuerpos "ambiguos" o está en las miradas dicotómicas? ¿La intervención debería estar en los cuerpos o en la reformulación cognitiva y social de nuestras ideas?"¹⁴.

"Con los avances en las tecnologías médicas, la biología hormonal o la anatomía resultan más maleables al cambio que las normas y las expectativas sociales de género. Nos encontramos con la maleable artificialidad del sexo natural y la sedimentada naturalización del género cultural. La pregunta es si el progreso técnico es la solución a la intolerancia social o si está actuando de forma cómplice con falsas asunciones dualistas y colaborando con la experiencia de estigma y vergüenza en aquellas personas con genitales diferentes. [...] Se presentan las cirugías de asignación de sexo en términos de un misterio científico que ha de ser explicado, en lugar de un tema político que debe ser debatido, o un tema social sobre el que se tiene que reflexionar"¹⁵.

14 S. García Dauder, "La regulación tecnológica del dualismo sexual y el diseño de cuerpos normativos", *Cartografías del cuerpo*, *op. cit.*, p. 478

15 *Ibid.*, p. 487-488

4. ¿Los transexuales no tienen otra alternativa que acordar el sexo y el género en su cuerpo?

Así como la idea de que la homosexualidad es un rasgo innato y estable no se planteó hasta finales del siglo XIX, el transexual no emergió plenamente como un tipo especial de persona hasta mediados del XX. Un transexual puede tener unos órganos femeninos, una identidad sexual masculina y una orientación sexual también masculina, es decir, puede identificarse como homosexual¹⁶.



En la actualidad, muchos países contemplan el derecho legal al cambio de sexo por vía quirúrgica y en 2013 la transexualidad dejó de considerarse como una patología en el DMS-V (Manual de Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales). En los últimos veinte años algunas organizaciones de transexuales han comenzado a promover la idea del transgenericismo: mientras que las generaciones anteriores de transexuales no querían apartarse de

¹⁶ Podría pensarse que puede utilizar sus órganos femeninos para relacionarse con varones, pero la cuestión es que algunas personas “trans” rechazan o no se sienten cómodos con sus órganos femeninos.

las normas de género, sino amoldarse plenamente a su nuevo rol sexual, hoy algunas personas transexuales optan por no intervenir su cuerpo y abogan por la despatologización de la transexualidad y por una sociedad donde sean posibles diferentes cuerpos sin la exigencia de una correspondencia entre sexo biológico, deseo y género¹⁷.

Hay que pensar que los cuerpos no son totalmente maleables y que a menudo las operaciones quirúrgicas de reasignación sexual no quedan bien resueltas. Hay fronteras insalvables como la estructura ósea, los genes, los cromosomas y la capacidad de reproducirse. “Una aproximación realista al tratamiento transexualizador no puede renunciar a plantear este equilibrio imposible entre la identidad y la integridad física, y debe dejar de prometer el final del sufrimiento y preconizar que la operación significa volver a nacer. Por el contrario, debería acompañar a la persona *trans* en las dificultades para coincidir con los estereotipos de género establecidos, en el reconocimiento del dolor y en reconciliarse con su propia trayectoria vital. Además, implicaría reconocer que, en las actuales circunstancias sociales, la raíz del problema es que una persona con un

¹⁷ La garantía de atención sanitaria para aquellos transexuales que quieren operar su cuerpo es uno de los aspectos más controvertidos de la demanda de despatologización por parte de los colectivos activistas, pues parece que no sería justificable el tratamiento de una persona sana. Estos colectivos insisten en que tanto la despatologización como la garantía de atención y cuidado en los servicios sanitarios públicos a las personas *trans* es irrenunciable.

cuerpo hembril que se sienta hombre o que una persona con un cuerpo machil que se sienta mujer difícilmente encontrarán un lugar en el espacio social en que sentirse reconocidas y respetadas plenamente”¹⁸.

El que una criatura intersexual o transexual deba criarse como varón o mujer y someterse a alteraciones quirúrgicas y diversos regímenes hormonales, el que una deportista deba hormonarse para compensar sus “ventajas competitivas”, depende de lo que pensemos sobre una variedad de cuestiones que trascienden las ciencias naturales. De hecho, como exponíamos en el primer interrogante, lo que se defiende como natural lo es mucho menos de lo que nos parece y aún en el supuesto de que pudiéramos establecer algo como “natural” todavía quedaría la cuestión de responder porque nos deberíamos regir por designios naturales como si la naturaleza fuera normativa.

Si tenemos en cuenta todas las cuestiones anteriores parece obvio que nuestros cuerpos son demasiado complejos para proporcionarnos respuestas definidas sobre las diferencias sexuales. Cuanto más buscamos una base física simple para el sexo, más claro resulta que el «sexo» no es una categoría puramente física. Las señales y funciones corporales que definimos como masculinas o femeninas están ya imbricadas en nuestras concepciones del género. Nuestras teorías del sexo y el género, nuestros marcos de pensamien-

to, subyacen tras la gestión médica de la intersexualidad y la aproximación de las diferentes disciplinas a la sexualidad.

¿Cuáles son en la actualidad los esquemas de pensamiento dominantes? Si entendemos el término paradigma como esquema de pensamiento o esquema formal de organización mental que nos lleva a concebir las cosas de una determinada manera, bien podríamos hablar de cuatro grandes paradigmas o marcos teóricos que suelen subsumir a un conjunto de teorías científicas y sociales en una cierta coherencia entre ellas: el marco del biologismo, el de su opuesto el ultraconstruccionismo, el del construccionismo moderado y el sistémico. Es lo que intentaré resumir ahora.

5. El cuerpo bajo el poder de las fuerzas biológicas o de las sociales

El biologismo¹⁹ tiene su expresión más popular en una concepción genocéntrica de la sexualidad: somos lo que dictan nuestros genes y los concebimos como

¹⁹ Con esta denominación hago referencia a aquella doctrina que aplica los conceptos categoriales de la biología a campos no biológicos, especialmente a los campos de las ciencias humanas y al campo de la filosofía. Por ejemplo, la sociobiología es una doctrina biologista en tanto que pretende explicar en términos exclusivamente biológicos los comportamientos sociales de los seres humanos. El biologismo, además de ser cuestionado por su reduccionismo, ha sido criticado por su carga ideológica. Es el caso, por ejemplo, de quien acude a la genética con el fin de justificar la situación de inferioridad de la mujer o de ciertos grupos étnicos o raciales, o también de los que utilizan la teoría de la evolución de Darwin (darwinismo social) para justificar las desigualdades sociales de la sociedad capitalista.

¹⁸ Gerard Coll-Planes, *op., cit.*, p. 219

una plantilla para el desarrollo, como una información lineal que no hay más que extraer del libro de la vida. Así se busca el gen de la “homosexualidad”, la “transexualidad”, la timidez o la agresividad en las relaciones sexuales, etc. En el fondo se hace presente el viejo esencialismo filosófico ahora traducido en esencialismo biológico o feminista (feminismo de la diferencia): se supone que existe una esencia real, auténtica, de aquello que es inmutable y constitutivo de una persona. Dicha esencia se considera presocial: la sociedad la puede fomentar o reprimir, pero no modificar. El género es exclusivamente la expresión externa de propiedades bioquímicas, hormonales, neuronales y genéticas que diferencian al hombre y a la mujer y, a la vez, determinan su relación y, por tanto, no habría razón para distinguir el sexo del género, porque el sexo biológico determina el género correspondiente.

La mayoría de los biólogos defienden la supremacía masculina²⁰, pero también encontramos autoras biólogas que defienden la superioridad femenina²¹. Los argumentos son diversos: la evolución de la humanidad y el reparto de labores habría ido marcando nuestros genes y esculpiendo sutiles diferencias en los cerebros masculino y femenino²². En los hombres primarían los genes que tienen relación con la orientación y la organiza-

ción y en las mujeres los genes que tienen que ver con la crianza. El cerebro masculino habría sido preparado desde miles y miles de años para la comprensión de las relaciones espaciales, para resolver problemas mecánicos, para concentrarse y controlar las emociones y el cerebro femenino se habría especializado en la habilidad verbal, la sensibilidad emocional y la capacidad para hacer varias cosas simultáneamente²³. “Los hombres tendrían un mayor ímpetu sexual y es natural que a diferencia de las mujeres fantaseen con mantener relaciones sexuales con diferentes personas ya que el inseminar a tantas hembras como pueden responde a una estratagema de adaptación biológica”²⁴.

No podemos olvidar que durante el siglo XIX la “ciencia” explicaba cómo y por qué la mujer no tenía que gozar de los mismos derechos de los hombres. La ideología de la naturaleza diferente y complementaria de los sexos se convirtió en la ideología legitimadora de un espacio público ocupado por los varones y de un espacio privado regentado por las mujeres. Por un lado la razón masculina, y por otro el “cuidado” de los demás de las mujeres y su especial sensibilidad y afectividad. Por esto las mujeres quedaban confinadas al ámbito doméstico donde por su naturaleza intrínseca eran mucho mejor que los hombres.

Es relativamente fácil realizar una crítica política de este esencialismo biológico tan

²⁰ Steven Goldberg, *La inevitabilidad del patriarcado*, Alianza editorial, Madrid, 1976

²¹ Helen Fisher, *El primer sexo*, Taurus, 2000; Sylviane Agacinski, *Política de sexos*, Taurus, Madrid, 1999

²² *Ibid.*, p.13

²³ *Ibid.*, p.15

²⁴ *Ibid.*, p. 265

en boga actualmente, pues su coincidencia con un determinado orden social patriarcal es bastante sospechosa. De hecho, los argumentos biólogos han sido utilizados históricamente para justificar ideologías racistas, eugenésicas y excluyentes. Si la organización social humana, con sus desigualdades de estatus, riqueza y poder, es una consecuencia directa de nuestras biología, el que las mujeres carguen con más deberes que los hombres es natural y, por lo tanto, irrevocable.

El problema de esta crítica política es que critica las consecuencias del biologismo, pero estas consecuencias no nos dicen nada sobre su valor de verdad. En filosofía criticar la verdad de una tesis por sus consecuencias es conocido como la falacia *ad consequentiam*. No podemos basar la verdad o falsedad de una tesis en las consecuencias deseables o indeseables que pueda tener. Por otro lado, tampoco es muy difícil encontrar ejemplos en los que el esencialismo es utilizado para causas igualitarias. Por ejemplo, para defender identidades como las de los homosexuales diciendo que ya están genéticamente predeterminados.

El construccionismo radical o ultraconstructivismo es el polo opuesto del biologismo, su reflejo invertido. Parece una especie de nuevo idealismo²⁵ que recuerda los viejos debates filosóficos entre éste y el materialismo. El ultraconstructivismo considera que el conocimiento siempre está forzado y constreñido por un cua-

dro de pensamiento, por la sociedad, pero no por lo real. La realidad misma sería un “invento”. El termino mismo de “invención” expresa una especie de desprecio de la experimentación, de los datos de los hechos y de la materialidad de los cuerpos concretos. Los construccionismos radicales suelen minusvalorar los estudios biológicos y las investigaciones sobre el comportamiento animal. Tampoco suelen admitir una conciencia o un ámbito de libertad o crítica individual que empuje a la transformación o al cambio de las cosas. Hay como una omnipresencia de los discursos y las relaciones sociales en las que lo humano mismo es construido de tal manera que nada trasciende los relatos. Si el esencialismo incurría en un reduccionismo biológico, aquí se incurre en un reduccionismo socio-discursivo en el que desaparecen la materialidad y los cuerpos²⁶.

Una respuesta frecuente a la unilateralidad de los planteamientos anteriores ha sido el construccionismo moderado que, en lo que respecta a la sexualidad, se ha vertido en la contraposición sexo/género. El sexo se referiría a los atributos físicos, a lo “dado”, a lo “real” y “objetivo”, vendría determinado por la anatomía y la fisiología y sería una cuestión de ciencias naturales (biología, neurología...) mientras que el género sería una cuestión de las ciencias sociales, una modulación socio-

²⁵ Zubiri lo llamaría un subjetivismo ingenuo.

²⁶ Es interesante observar que a menudo los discursos voluntaristas, bajo la capa de la subversión y la crítica social, reproducen, de la manera más fidedigna posible, el discurso más liberal del *self-made-man*. Cf. Gerard Coll-Planas, *op. cit.*, p. 67

lógica, psicológica y conductual del yo, que llevaría a las personas a tener una determinada identidad de género, no necesariamente acorde con el sexo biológico.

Es como si hubiera dos tipos fundamentales de procesos superpuestos: un proceso natural guiado por los genes, las hormonas y las células cerebrales y otro socio-cultural empujado por el medio ambiente, la experiencia, el aprendizaje o fuerzas sociales. Habría algo dado en la sexualidad y a partir de ello construiríamos o modularíamos tendencias sexuales y géneros tanto social como individualmente. Es, si se quiere, una especie de dualismo moderado. Recuérdese que un dualismo antropológico genuino sostiene que en el ser humano hay dos sustancias: una material y otra espiritual. Pues bien, aquí lo material sería lo natural, lo orgánico, lo dado de nacimiento, y lo espiritual sería lo cultural, lo modulado, lo construido a partir de lo dado.

6. El cuerpo como estructura psicoorgánica o biocultural

La teoría sistémica del tipo que plantea Xavier Zubiri creo que nos ayuda a salir tanto de los impases del esencialismo como de los construccionismos²⁷. Mientras las conductas animales se hayan inscritas en el terreno de los instintos, y por tanto bajo el dominio de la biología, la extrema debilidad instintiva del ser humano hace que la biología deje de ser autosuficiente para

comprender la conducta humana y que la cultura aparezca como recurso de supervivencia²⁸. Sin ella el hombre perecería. Ambas, biología y cultura, se integran en el ser humano como dos componentes de una única estructura. Somos animales bio-culturales. Nuestro cuerpo constituye una estructura psicoorgánica. Veámoslo con un poco más de detenimiento.

Cuando decimos que los animales están regidos por instintos nos referimos a patrones complejos de comportamiento o conducta no adquiridos, transmitidos hereditariamente y esencialmente iguales para todos los individuos de la especie. Estos patrones mantienen a los cuerpos animales encadenados a los estímulos, a cosas que disparan una respuesta más o menos automática. Cuando un halcón vuela en el cielo de repente, un estímulo, algo que se mueve con un patrón que captan sus receptores sensitivos, dispara su mecanismo de caza. A partir de ese momento su sistema motor va a estar guiado por ese estímulo y una vez alcanzada y deglutida la presa desaparece el deseo.

Cuanto más complejos son los organismos, más autonomía hay entre los estímulos y las respuestas y es en el organismo humano donde esta autonomía llega a su máximo hasta el punto que se introduce un hiato entre los estímulos y las respuestas. Las cosas, lejos de disparar una respuesta automática, nos

²⁷ X. Zubiri, *Sobre el hombre*, Al. Editorial, Madrid, 1987.

²⁸ Arnold Gehlen, *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1987

abren diversas posibilidades que seleccionamos más o menos libremente según como hayamos sido lastrados y configurados individual, social e históricamente. El cuerpo humano es una estructura liberada del estímulo, del instinto, de las respuestas automatizadas. No es solo que el ser humano no esté determinado a actuar de una manera inmediata y compulsiva, es que además necesita hábitos, costumbres, para ligar cada uno de los momentos de la acción (percepción, sensación, respuesta) y culminarla. Sin estos hábitos seríamos inviables²⁹.

La llegada al mundo de un niño es la de un organismo prematuro, débil, plástico, que para ser viable necesita una estructuración psicológica, social y cultural. Necesita las pautas, las rutinas, la atención y el afecto de su entorno para sobrevivir, desarrollarse, experimentar el gusto de vivir y adquirir un modo de vida humano. Los otros se insertan literalmente en el cuerpo del bebé, en la fijación y articulación de sus sensaciones, afectos y respuestas, y en su fisonomía (en su modo de reír, por ejemplo) mucho antes de que llegue a tener conciencia de ello³⁰. Estos hábitos fijados no son una simple modulación o complemento de nuestra estructura biológica, sino un pilar tan fundamental que sin él no habría propiamente un cuerpo humano.

En nuestro cuerpo todo lo psíquico (cultural, social, fruto de la propia libertad...) es orgánico y todo lo orgánico (neurológico, hormonal, morfológico) es psíquico. El color pálido de una cara, por ejemplo, es algo orgánico desde cierto punto de vista (“flujo sanguíneo”) y psíquico desde otro (“está asustado”). No hay dos sustancias autosuficientes en el hombre, pero tampoco hay una única sustancia material. La relación entre lo psíquico y lo orgánico hay que entenderlo como dos dimensiones de un único sistema. Ni las células ni el cerebro piensan, el que piensa es el sistema completo que integra en cada individuo su condición biológica y psíquica.

Los llamados niños “salvajes” brindan un buen ejemplo para comprender el cuerpo humano desde esta perspectiva sistémica (ni dualista ni biologista). El animal llena con sus esquemas específicos la falta del entorno humano del niño. La humanidad del cuerpo de los niños salvajes estriba en su extrema adaptabilidad porque incluso lo que es instintivo para el grupo animal adoptivo es cultural para el cuerpo humano. Sin embargo, si no se incrustan otros seres humanos en el sistema de aprehensiones, sentimientos y reacciones del niño éste no llevará jamás una vida humana.

Somos por naturaleza seres culturales y estamos forzados a naturalizar hábitos culturales. No hay dos tipos de proceso: uno guiado por los genes, las hormonas y las neuronas (naturaleza) y otro por el medio ambiente, la sociedad y la cultura. Tan importantes pueden ser los genes como

²⁹ *Ibíd.*,

³⁰ X. Zubiri, *op. cit.*, p. 235 y 241. De hecho, creo que nunca tendremos una conciencia cabal de la inserción de los demás en nuestros cuerpos. Es lo que nos pueden ayudar a descubrir las ciencias sociales y el psicoanálisis.

la sociedad y la biografía individual para una determinada estructuración corporal. Desde esta perspectiva sistémica no hay un cuerpo anterior a la socialización ni al discurso sobre lo masculino y lo femenino. Naturaleza y cultura constituyen un sistema dinámico indivisible. Por esto el cuerpo orgánico no puede constituir un sustrato neutral preexistente sobre el que basar nuestra comprensión de las diferencias sexuales. La cultura ya está incrustada en el cuerpo orgánico. Sin embargo, esta perspectiva no da una preeminencia a lo cultural por encima de lo biológico como en el caso del ultraconstruccionismo o a lo biológico por encima de lo cultural como en el caso del biologismo.

El ultraconstruccionismo no tiene en cuenta toda la importancia de la biología (anatomía, fisiología, composición hormonal y química, etc.). Y a la inversa, el biologismo entiende el cuerpo orgánico como presocial. Judith Butler se pregunta precisamente por qué concebir el cuerpo como algo dado que puede sustentar la construcción, pero que no puede construirse y piensa que esta división es un artefacto ideológico, pues cada vez que hablamos del cuerpo como algo que preexiste a la socialización, al discurso sobre lo masculino y lo femenino, descubrimos que este cuerpo ya se ha rellenado, bajo la cubierta de la aproximación científica, de los presupuestos del discurso socio-cultural³¹. El recurso al cuerpo no puede ser un recurso

imparcial sobre el que construir teorías científicas, filosóficas o sociales de la sexualidad humana porque el cuerpo nos llega ya teñido de ideas preexistentes sobre las diferencias sexuales.

Según el biólogo evolucionista y genetista Lewontin el ser humano tiene al nacer pocas vías neuronales definidas: es durante la larga infancia cuando se van formando las conexiones entre las células nerviosas, no simplemente como producto de la programación genética, sino a partir de la propia experiencia. Esto implica que no podemos encontrar ningún comportamiento humano que no pueda ser modificado por el entorno social, incluyendo las necesidades más básicas como comer, vivir o practicar sexo. “La única cosa sensata que se puede decir sobre la naturaleza humana es que está “en” esa misma naturaleza la capacidad de construir su propia historia. La consecuencia de la construcción de esa historia es que los límites de la naturaleza humana de una generación se vuelven irrelevantes para la siguiente”³².

Esta visión sistémica casa bien con la teoría emergentista. En esta teoría la complejificación de la vida en el proceso evolutivo no solo se debe a un aumento cuantitativo de las proteínas, células y órganos, sino al surgimiento de sistemas

³¹ Judith Butler, *Bodies that matter*, Routledge, New York, 1993 p. 28 ss.

³² Richard Lewontin (biólogo evolutivo y genetista); Steven Rose (neurobiólogo) y León J. Kamin (psicólogo) critican el biologismo por su unilateralidad orgánica y falta de perspectiva sistémica. Cf. Richard Lewontin, Steven Rose, Leon J. Kamin, *No está en los genes, racismo genética y biología*, Editorial Crítica, Barcelona, 1987, p. 27.

nuevos según nuevas organizaciones de la materia³³. Un sistema nuevo como el del cuerpo humano supone la aparición de propiedades nuevas, propias y específicas del sistema, que no se explican desde las partes del mismo³⁴.

Es posible que si desglosamos nuestro sistema encontremos las mismas propiedades que en los demás sistemas vivos, a lo sumo una diferencia cuantitativa en la cantidad de neuronas, pero es el nuevo modo en que quedan sistematizadas estas propiedades el que da pie a cualidades nuevas como la posibilidad de tomar decisiones libres.

Si tiro una piedrecita a un cristal no le pasa nada, pero si voy aumentando sistemáticamente el tamaño de la piedra llegará un momento que romperé el cristal. El cambio cuantitativo produce efectos y cualidades nuevas. Pedro Laín Entralgo lo explica muy bien³⁵: Los chimpancés sienten, recuerdan, tienen un embrión de conciencia, aprenden, inventan, esperan, se comunican, pero la complejidad

que han alcanzado todas estas funciones en el ser humano es tal que comparar un ser humano con un chimpancé es como comparar un gran supermercado con una pequeña tienda de pueblo. En ella hay, sin duda, el embrión del gran supermercado, pero el cambio cuantitativo (numero de empleados, superficie, procesos administrativos, etc.) es de tal orden, la complejidad ha aumentado de un modo tan exponencial, que ya no podemos pensar el supermercado exclusivamente desde la tienda del pueblo, como no podemos pensar la vida exclusivamente desde la materia inerte.

Quizás el problema de fondo es que la continuidad y la diferencia entre animales y humanos se ha pensado siempre bajo metafísicas materialistas (que reducen el todo a una parte: por ejemplo a los genes) o dualistas (que introducen nuevas entelequias: por ejemplo un alma). Pensar con un esquema sistémico puede ayudarnos a hacer justicia a ambas posiciones: no podemos diferenciar nítidamente entre lo biológico –sexo– y lo cultural –género– ni suponer la maleabilidad del género frente al carácter permanente e inmutable del sexo. Pero sí que podemos diferenciar en el sistema psicoorgánico que conforma el cuerpo humano un subsistema orgánico más accesible a las ciencias naturales y un subsistema psíquico, a la vez socio-cultural y biográfico, cuyo estudio es más propio de las ciencias sociales. En lo que sigue trataremos de acercarnos a la sexualidad desde estos dos subsistemas.

33 Son los llamados emergentismos sistémicos, estructurismos dinámicos o materialismos estructuristas. Entre los autores que lo defienden destacan M. Bunge, K. Popper, J. Searle, J. Montserrat, X. Zubiri, P. Laín Entralgo.

34 Mario Bunge, *El problema mente cerebro, un enfoque psicobiológico*, Tecnos, Madrid, 1985. El emergentismo afirma en esencia que la realidad evolutiva del cosmos se ordena en tres niveles ascendentes: la materia inanimada, la materia viviente y la conciencia, cada uno de los cuales emerge del anterior con propiedades específicamente nuevas, no reducibles a las que posee el nivel de realidad de que emerge, e impredecibles, por tanto, mediante el conocimiento de éstas, por científico y exhaustivo que parezca ser.

35 Pedro Laín Entralgo, *Cuerpo y alma*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991, pp. 166 ss.

7. La sexualidad desde el subsistema orgánico

Desde un punto de vista biológico se suele llamar sexualidad a todo aquello que concierne a la reproducción sexuada. No podemos obviar que la carga genética, anatómica y morfológica del cuerpo establece limitaciones y potencialidades para las acciones humanas (muerte, salud, natalidad). Sin útero y ovarios, por ejemplo, no se puede dar a luz un niño o tener menstruación. En este subsistema orgánico podemos distinguir entre el sexo genético, cromosómico, gonadal, fenotípico interno y externo. Se calcula que en alrededor del 1'7 % de nacimientos no coinciden todos ellos y que aproximadamente uno de cada dos mil bebés tiene unos órganos genitales etiquetados de ambiguos, que convierten en problemática la asignación del sexo³⁶. Si bien miran-

36 Sólo para citar unos pocos ejemplos existen varones con constitución cromosómica normal XY que tienen apariencia externa femenina (vagina ciega, útero infantil, ginecomastia acusada) y testículos ocultos, localizados bajo los labios mayores, en los canales inguinales o en el interior del abdomen. Genéticamente se puede interpretar como una simple mutación del gen regulador del sistema 2 que, al producir un represor mutante, no puede ser inactivado por el inductor (la testosterona) y, por tanto, se produce un desarrollo genital femenino aún tratándose de personas XY y gónadas masculinas (testículos).

Hay Varones XY, con testículos y genitales externos femeninos porque la testosterona no se transforma en dihidrotestosterona, que se encarga de la masculinización de los genitales externos. En la pubertad se produce una masculinización.

Varones con un cromosoma X extra (XXY) 1 de cada 500.

Hay Mujeres XX, con ovarios, cuya corteza suprarrenal produce grandes cantidades de testosterona por deficiencia de la 21 hidroxilasa produciéndose una masculinización de genitales externos. Y un largo etcetera.

do estas estadísticas parece forzado hablar de un “continuum”³⁷ biológico en los cuerpos de la especie humana tampoco somos una especie dimorfa, bimodal, al menos no completamente. El llamado sexo biológico no proporciona una base tan sólida para justificar el género binario masculino/femenino como podría parecer a primera vista.

Algunos neurólogos argumentan que además del sexo genético, cromosómico, gonadal, y fenotípico interno y externo hay diferencias anatómicas clave entre los cerebros masculino y femenino. El cuerpo calloso (el haz de fibras nerviosas que conecta los hemisferios cerebrales izquierdo y derecho) de los cerebros femeninos es menor que el de los masculinos. Y eso implicaría una mayor dificultad de las mujeres para llegar a convertirse en matemáticas, ingenieras y científicas altamente cualificadas. Otros investigadores han sugerido que, si hay una diferencia de género en el cuerpo calloso, puede ser la opuesta de lo que algunos científicos han asumido: teniendo en cuenta el tamaño del cuerpo de varones y hembras (las hembras tienen un cuerpo estadísticamente menor) las mujeres tendrían cuerpos callosos pro-

37 La noción de “continuum” ha sido muy utilizada por los críticos con cualquier esencialismo biológico, pero no parece del todo apropiado para calificar la diferenciación sexual primaria. En cambio, si se habla de diferencias sexuales de comportamiento, de competencias y de caracteres sexuales secundarios, el concepto de “continuum” es más pertinente. La talla de los senos, la pilosidad corporal o el timbre de voz son buenos ejemplos de características que tienen una distribución que se describe mejor como “continuum” que bimodalmente como propios de macho o hembra.

porcionalmente mayores³⁸.

Es posible que hayan también diferencias en el orgasmo masculino y femenino debido a algunas características anatómicas, pero los conocimientos actuales disponibles sugieren que el orgasmo masculino y femenino tienen más similitudes que diferencias. Lo preocupante es que existan tantas investigaciones dedicadas a buscar diferencias biológicas entre hombres y mujeres para justificar alguna forma de subordinación de éstas. En el siglo XIX era el tamaño del cerebro, después las diferencias de los hemisferios cerebrales y la calidad de las conexiones neuronales. Hoy en día es la testosterona y el cuerpo calloso. Aún si se confirmara la existencia de diferencias orgánicas de este tipo, creo que lo importante es separar la idea de diferencias anatómicas de las de inferioridad y de inmutabilidad en las habilidades y comportamientos.

En la perspectiva sistémica en la que aquí nos movemos no hay ni una inmutabilidad comportamental fijada por nuestro subsistema orgánico ni una completa plasticidad cultural del cuerpo. La homosexualidad, por ejemplo, parece tener un cierto componente genético³⁹. Y todos los padres y madres tenemos más o menos experiencia de unas ciertas predisposiciones de nuestros hijos e hijas, de ciertos temperamentos y capacidades

con las que nacen antes de que interactuemos con ellos.

Pero una cosa es la carga genética influya en el individuo, otra que lo determine. El cerebro y el sistema nervioso del cuerpo humano tiene una gran plasticidad. Su anatomía general (así como las conexiones físicas entre neuronas, células diana y el cerebro) no sólo cambia después del nacimiento, sino incluso en la edad adulta. Recientemente, hasta el dogma de que en el cerebro adulto no hay renovación celular parece rebatido. Existen relaciones entre la plasticidad sináptica y la creación de nuevas neuronas. De modo que la modificación anatómica se deriva a menudo de la incorporación y respuesta de experiencias y mensajes externos por parte del sistema nervioso.

Entre los mamíferos se observa la existencia innata de un instinto de reproducción controlado por las hormonas y las feromonas que se corresponde a nivel motor con la ejecución de reflejos copulatorios. En el ser humano se observan en cambio su carencia. No tiene estructuras neurobiológicas específicas para reaccionar a determinados estímulos o señales, y no tiene ninguna secuencia comportamental innata dirigida a la reproducción, ni tampoco un instinto sexual específico. La mayoría de las funciones neurales identificables en los animales han sido suprimidas y retomadas por la evolución del cerebro.

En el ser humano parece que el principal factor iniciador de las actividades

38 Anne Fausto-Sterling, *op. cit.*, p. 58

39 Entre hermanos gemelos homocigóticos se da en ambos con una frecuencia superior al 50%. Cf. José Antonio Marina, *El rompecabezas de la sexualidad*, Ed. Anagrama, Barcelona, p. 100

sexuales y del aprendizaje de diferentes formas de estimulación, entre las cuales el coito vaginal es solo una posibilidad, es el placer corporal, producido por el sistema límbico en su interacción con factores adquiridos como el recuerdo de experiencias pasadas. La búsqueda de recompensas placenteras ligadas a la intensa erogeneidad del pene y el clítoris favorecería las actividades genitales y preservaría la reproducción⁴⁰.

En el subsistema orgánico de nuestro cuerpo no encontramos instintos, pero si una cierta fuerza biológica, orgánica, para la que es difícil hallar una palabra que la denomine con propiedad. Se suelen barajar palabras como tendencia, impulso, libido, energía, pretensión o pulsión. Quizás el término pulsión o libido como lo entendía C. G. Jung es el más adecuado: una tendencia o fuerza pulsional informe, inespecífica y fusionable, que no apunta hacia ningún resultado explícito que debamos alcanzar, ni hacia ningún medio para obtenerlo. Algo así como una fuente alimentadora de toda la red de impulsos humanos cercana al “élan vital” de Bergson y sin el carácter eminentemente sexual que le atribuía Freud.

8. La sexualidad desde el subsistema psíquico

Del mismo modo que la pulsión a hablar, el esfuerzo por expresarse del bebé, se

concreta en sonidos articulados que se le lanzan desde fuera, nuestros impulsos se materializan en las formas en que los demás se incrustan en nuestro cuerpo. Son los otros los que decantan activamente el impulso vital, que lo esculpen, lo petrifican en forma de hábitos produciendo una determinada conducta. Esos hábitos o rutinas son lo que encauzan, delimitan y complementan la debilidad instintiva y la indefinición biológica del ser humano.



Ya hemos dicho antes que en el ser humano el circuito instintivo se descoyunta. Cada momento, (estimulo, excitación, mecanismos de respuesta, saciedad) se independiza. Esto implica una enorme disminución de la impulsividad, una sexualidad no automática. La visión de un cuerpo atractivo, por ejemplo, puede derivar en un sinfín de respuestas: desde el deseo sexual y la ternura hasta la huida, el miedo y la agresividad. Y también permite que los momentos que estaban encadenados en el instinto animal se puedan convertir en un fin en sí, se puedan desconectar completamente. A través de las drogas, por ejemplo, podemos activar

⁴⁰ Serge Wunsch, *Sexualité humaine: l'importance cruciale du plaisir*, Editions Universitaires Européennes, 2010

de manera artificiosa el sistema de placer, desconectándolo de cualquier estímulo y de cualquier respuesta. Esta independencia de cada uno de los momentos de la acción en el ser humano hace que puedan establecerse conexiones muy diversas, patrones culturales absolutamente originales o patológicos (piénsese en la anorexia), y que las demás personas puedan estar muy presentes en el establecimiento de estas pautas.

Este rompimiento del patrón instintivo integra la sexualidad humana en el mundo del deseo, la cultura y la libertad y la somete a una singularidad inabarcable. En cada cuerpo hay una sexualidad diferente, algún patrón de conducta y combinación nueva entre los diferentes momentos de la acción. Lo único que podemos hacer es fijarnos en algunos de los nudos básicos que, imbricados entre ellos y con el subsistema anterior, nos dan la singularidad de cada uno.

8.1 Deseo

El deseo es una fijación de las pulsiones y puede ser más o menos consciente, pero en cualquier caso empieza no siéndolo, empieza por la intervención de los otros. Creo que sucede un poco como el experimento de Bernheim que impresionó a Freud. Bernheim dio a una mujer hipnotizada la orden de que una vez despierta fuera a un rincón de la habitación y abriera un paraguas sin recordar la orden. Así lo hizo y al preguntársele por qué lo hacía respondió que para com-

probar si el paraguas era suyo. Así creo que sucede con nuestros deseos. Los otros han intervenido en nuestras pulsiones sin que podamos acabar de entender muy bien nuestros propios deseos ni si son realmente nuestros o son los deseos de los otros en mí.

Un ejemplo concreto de como se fija la pulsión es el que nos muestran los estudios sobre la sonrisa. Los recién nacidos sonríen de manera espontánea durante la fase REM del sueño, pero al principio no es un modo de expresión emocional. A las dos semanas, el bebé comienza a sonreír esporádicamente cuando está despierto. A los tres meses sonríe mucho más a menudo y de manera no aleatoria, en respuesta a estímulos externos. Entre los seis meses y los dos años de edad, la sonrisa expresa ya una amplia variedad de expresiones faciales: sorpresa, enojo, entusiasmo y puede ir acompañada de «arrugamientos de nariz, caídas de mandíbula, parpadeos, exhalaciones y levantamientos de cejas que sirven para comunicar estados de ánimo desde el placer hasta la pillería»⁴¹. Así, en un lapso de dos años, la sonrisa, por la intervención de los otros, cambia de forma y se conecta con diversas acciones expresivas. Por esta compleja estructura a la vez biológica, social y psicológica, el deseo sexual y su expresión tiene una extraordinaria variabilidad y lo mismo podríamos decir del deseo de tener descendencia y otros deseos.

⁴¹ Anne Fausto-Sterling, *op. cit.*, p. 55 ss. Zubiri dirá que los otros esculpen nuestra fisonomía en nosotros. Cf. X. Zubiri, *Sobre el hombre*, *op. cit.*, p. 63

Podríamos definir el deseo sexual como una sensación que mueve al individuo a buscar o estar receptivo a las experiencias sexuales⁴². Una persona puede tener un deseo sexual, pero puede no realizar el deseo o refrenarlo por influencias personales, morales o religiosas. Recientemente el fracaso de encontrar “una viagra femenina” ha llevado a la reaparición de viejos estereotipos: las mujeres responderían a una estimulación externa de tipo emocional o psicológico (sentirse bien con la pareja), mientras que en el caso del hombre se trataría más bien de una cuestión genital, de una tensión sexual de carácter interno más relacionada con fantasías o imágenes sexuales⁴³. Creo que podríamos decir, desde nuestra perspectiva sistémica, que el deseo de las personas puede ser tanto una respuesta a estímulos internos, como externos, que se solapa con una gran cantidad de factores, que puede haber mujeres con una sexualidad más genital que emocional y hombres con una sexualidad más emocional que genital y que, en definitiva, el rol social genérico juega un papel importante en la fijación del deseo.

Psicológicamente el deseo puede ser reprimido, canalizado o sublimado. Tam-

bién puede orientarse a diferentes parafilias, a niños u otras personas que no consienten, al sufrimiento de uno mismo o a la humillación de la pareja. Mientras en el animal el estímulo, el instinto y el paso a la acción están directamente relacionados, en el ser humano el deseo, por imperioso que sea (excepto en los casos obsesivos compulsivos) no conlleva un pasar al acto. Podemos querer actuar en contra de nuestros deseos, o podemos vivir permanentemente en el deseo sin pasar nunca a la acción. Pero, aún satisfaciéndolo, el deseo no queda nunca plenamente colmado si no es por la muerte o por un budismo radical⁴⁴. Ningún logro es suficiente, y toda sensación de saciedad está marcada por la fugacidad. Ni uno ni mil besos agotan el deseo de besar y recibir besos; ni una ni mil caricias logran hacernos desistir del deseo de acariciar y recibir caricias.

8.2 Erotismo

El deseo sexual está relacionado con el placer, con la experiencia agradable envuelta en la búsqueda de su satisfacción. De hecho, entre placer y deseo sexual hay una especie de circularidad: el orgasmo no es posible sin excitación, la excitación no se produce sin placer y la falta del mismo conduce a la falta de deseo por-

42 Harold I. Lief, “Inhibited Sexual Desire”, *medical aspects of human sexuality*, 7, 1977, p. 10,

43 Rosemary Basson, “Rethinking low sexual desire in Women”, *International Journal of Obstetrics and Gynaecology*, 2002, pp. 357-363. Citado por Marta I. González, García, que se distancia de esta distinción entre el deseo masculino y femenino. Cf. Marta I. González, “La pregunta del deseo: el síndrome de insuficiencia de andrógenos en las mujeres y la imaginación farmacéutica”, *Cartografías del cuerpo*, Ed. Cátedra, Valencia, 2014, pp. 49-89.

44 No ha faltado en la humanidad los que han intentado evitar estos rasgos de angustia inherente a la vida humana. Y lo han pretendido hacer recetando la anulación del deseo. Hablo de gente como los estoicos en Occidente o el Budismo en Oriente. En ambos casos, si consideramos las versiones más radicales, se propugna la muerte del sujeto mediante la eliminación del deseo.

que la actividad sexual deja de ser gratificante⁴⁵. Fijémonos que se trata del placer envuelto en la misma actividad deseante y no en su consumación. Así el placer de comer no es haber comido sino estar comiendo y el placer sexual no es la tranquilidad después del orgasmo sino estar alcanzándolo.

Llamamos erotismo a esta capacidad de sentir placer a través del deseo sexual y de detenerse en él y aumentarlo, a través de técnicas en el modo de acariciar, afrodisíacos, vestidos, modos de hablar, entornos agradables, etc. El erotismo trata de disfrutar del desear en relación casi siempre con el deseo de otro. Supone un detenimiento, una concentración, en la relación de mi cuerpo con el cuerpo de otra persona. Ya hemos advertido anteriormente de la posibilidad humana de desconectar diversos momentos de la acción que en los patrones instintivos están rigurosamente encadenados.

El cultivo del erotismo lleva, a través del desarrollo de múltiples sensaciones (táctiles, olfativas, visuales, auditivas, etc.) a intimar con las sensaciones del otro, a brindarse atenciones mutuas y a comunicarse para ir aprendiendo a dar y recibir placer. Toda la superficie del cuerpo es concebible como «zona erógena». La plasticidad de la excitabilidad erótica casi no tiene límites. Esta dimensión erótica puede vertebrarse con una dimensión afectiva y personal en la que se acaricia al otro o a la otra como un sujeto y no como

un mero instrumento cuyo único interés sea el de saciar el propio deseo y también puede vincularse con el deseo de tener descendencia⁴⁶ o puede impersonalizarse y desprenderse de todo vínculo afectivo como en el caso de la pornografía. En cualquier caso, como en el erotismo la pura biología es secundaria y puede estar vertido hacia la intimidad y el deseo del otro, no es extraño que se haya relacionado con lo sagrado y con la vida⁴⁷.

8.3 Orientación

Imbricado con el deseo sexual y el erotismo está la orientación del deseo sexual que no coincide necesariamente ni con el sexo biológico ni con la identidad sexual. Ya hemos señalado anteriormente el caso de algunos transexuales. Los seres humanos tenemos diferentes patrones de atracción sexual que solemos subsumir bajo los términos de homosexualidad (atracción por el mismo sexo), heterosexualidad (atracción por el sexo opuesto) bisexualidad (atracción por los dos sexos) y asexualidad (no atracción por ninguno)⁴⁸. Las investigaciones de las últimas décadas parecen mostrar que la orientación sexual sigue un continuo que va desde la atracción exclusiva por el propio sexo

46 Ya hemos señalado antes que la reproducción, fundamental para la supervivencia de la especie, se convierte en los seres humanos en una consecuencia indirecta de la búsqueda de recompensas eróticas. Cf. Serge Wunsch, *op. cit.*,

47 Bataille, Platón, Michel Henry.

48 Personalmente tengo muchas dudas de que esta orientación sexual no sea patológica, pero como hace pocas décadas también se consideraban patológicas toda tendencia que saliera de los estándares heterosexuales prefiero mantener una duda razonable.

45 Rosemary Basson, *op. cit*

en un extremo hasta la atracción exclusiva hacia el otro sexo en el otro⁴⁹. Otros estudiosos como Serge Wunsch lanzan la hipótesis de que en ausencia de valores culturales estigmatizando conductas sexuales particulares nuestra orientación sería mayoritariamente bisexual⁵⁰.

No hay ningún consenso acerca de las razones por las que un individuo desarrolla una determinada orientación sexual. Las investigaciones en curso sobre biología y orientación sexual sugieren que es la resultante de una compleja combinación de influencias genéticas, hormonales y ambientales y que existen factores biológicos relacionados con complejas interacciones de factores genéticos con el ambiente uterino inicial⁵¹. Otros estudios parecen apuntar a una significativa influencia genética: los gemelos monocigóticos tendrían mayor coincidencia en la orientación sexual que los gemelos dicigóticos⁵². En algunas investigaciones sobre gemelos gays, se ha encontrado que el 52% de los gemelos monocigóticos y el 22% de los dicigóticos eran ambos homosexuales⁵³. En cambio,

si que parece haber un cierto consenso en que la orientación sexual no es producto de una elección consciente⁵⁴. La mayoría de las personas experimentan que no tienen ninguna o muy poca elección en su orientación sexual y que la atracción que forma la base de la orientación sexual adulta emerge entre la mitad de la infancia y la adolescencia temprana⁵⁵.

Hay también consenso entre los psiquiatras que las terapias que intentan cambiar la orientación sexual además de ser inefectivas provocan mayor sufrimiento. Las terapias dirigidas a quienes tienen problemas con su orientación sexual van dirigidas a dar instrumentos y preparar a las personas para resistir a los prejuicios sociales y resolver los conflictos internos y externos que les provoca su orientación. Nuestros conocimientos psicológicos muestran que tener un sentimiento positivo sobre nuestra orientación sexual y que ésta esté integrada en nuestra vida ayuda a la salud mental y a la inversa. Esconder o vernos forzados a esconder nuestra orientación, la incapacidad o dificultad de hablar de nuestra sexualidad, suele ir ligada a trastornos psíquicos.

8.4 Identidad

En nuestra cultura predomina un sistema binario de identidad sexual. Se es de género masculino o femenino. Nuestra manera de practicar el género adopta formas

49 "Sexuality, what is sexual orientation?", *American Psychological Association*, 2008. A este continuo se ha añadido la asexualidad como falta de atracción y deseo de placer sexual. La escala de Kinsey fue inicialmente publicada en Alfred Kinsey, *Sexual Behavior in the Human Male*, 1948

50 *Journal of bisexuality*, 10 (3), Sorbonne, París, 2010, pp. 268-293

51 Frankowski, «Sexual orientation and adolescents». *Pediatrics* 113 (6), 1827-32, 2004.

52 Scott L. Hershberger, «Biological Factors in the Development of Sexual Orientation», *Lesbian, Gay, and Bisexual Identities and Youth: Psychological Perspectives*, Oxford University Press, New York, 2001, pp. 27-51

53 G.D., Wilson, & Q. Rahman, *Born Gay: The Biology of Sex Orientation*, Peter Owen Publishers, London, 2005. p. 47

54 "Sexual Orientation and Adolescents", American Academy of Pediatrics Clinical Report, 2009.

55 *Ibid.*,

tan sutiles y éstas se encuentran tan imbricadas con nuestra vida que difícilmente las percibimos. De hecho, el género lo vamos aprendiendo continuamente desde que nacemos. Antes de que el niño o niña pueda etiquetarse a sí mismo como de un género o del otro, recibe ya una serie de claves preverbales y de conducta. Los adultos tratan a los bebés de distinto modo según sea niño o niña aunque los padres piensen que sus reacciones son exactamente las mismas. Es evidente que la socialización en el género es muy profunda y que cuestionarla puede resultar perturbador. Una vez que “se asigna” un género, la sociedad espera que los individuos se comporten como “mujeres” o como “hombres”. Estas expectativas se consuman y reproducen en las prácticas de la vida cotidiana en miles de acciones menores. Vivimos con este tipo de diferencias todos los días y practicamos el género por activa y por pasiva en todas nuestras interacciones.

Esta división binaria es un marco de referencia que organiza el comportamiento sexual de los individuos y que tiende a patologizar a las personas que manifiestan deseos de vivir bajo otro género o que simplemente manifiestan comportamientos asignados al género al que se dice que no pertenecen. Los cuerpos como los de los intersexuales que no casan con la morfología que estipula esta concepción binaria del género son sometidos a intervenciones quirúrgicas. En nuestra cultura, además, esta división binaria suele ir de la mano de una jerarquía de

poder donde el varón es dominante. La identidad sexual o género, entonces, es el sistema de saberes, discursos, prácticas sociales y relaciones de poder que le da un contenido específico al cuerpo sexuado, a la sexualidad y a las diferencias físicas, socioeconómicas, culturales y políticas entre los sexos en una época y en un contexto determinados. ¿Cuál es la raíz de lo masculino y lo femenino?

Algunos autores sostienen que existen diferencias de comportamiento innatas entre las mujeres y los hombres, que aparecen, de una u otra forma, en todas las culturas y que los hallazgos de la sociobiología apuntan claramente en esta dirección. Suelen llamar la atención sobre el hecho de que en casi todas las culturas los hombres, y no las mujeres, toman parte en la caza y en la guerra. Ello demostraría que los hombres poseen tendencias de base biológica hacia la agresión de las que carecen las mujeres.

A otros autores no les convence este argumento y afirman que el grado de agresividad de los varones varía considerablemente de una cultura a otra, al igual que el nivel de pasividad y dulzura que se espera de las mujeres⁵⁶. Añaden, además, que el hecho de que un rasgo sea prácticamente universal, no implica que su origen sea biológico; pueden existir factores culturales generales que lo produzcan. En casi todas las culturas la mayoría de las mujeres pasan una parte considerable

⁵⁶ Jean Bethke Elshtain, *Women and war*, University of Chicago Press, 1987

de su vida al cuidado de los hijos y no les resultaría fácil participar en la caza o en la guerra. Según este punto de vista, las diferencias en el comportamiento de hombres y mujeres se desarrollan principalmente mediante el aprendizaje social de las identidades femenina y, masculina, de la feminidad y de la masculinidad. Sea cual sea el grado de influencia de la biología en las diferencias de género, todo parece indicar que la cultura y la sociedad juegan un papel decisivo, en el animal bio-cultural que somos. ¿Podríamos o deberíamos construir otros géneros? ¿Es posible imaginar una sociedad en la que, como sugiere Judith Butler, hubiera tal cantidad de géneros que fuera ya irrelevante el binomio hombre, mujer?⁵⁷

¿Cuando un individuo no se siente bien con su sexo asignado es porque se le ha asignado un sexo equivocado o más bien lo inapropiado son las normas de género? Es la cuestión clave que nos plantea Judith Butler⁵⁸. Su respuesta es que son las normas de género, su rigidez, la causa del sufrimiento y el malestar para un gran número de personas. Se facilita lo que va en la dirección del fortalecimiento de los géneros establecidos y se teme lo que los difumina. De ese modo cuando las personas transexuales quieren cambiarse de sexo son sometidos a unos mecanismos muy restrictivos mientras

que las mujeres que quieren modificar sus pechos para someterse a los códigos de belleza no necesitan ningún dictamen psicológico. Se sobreentiende en tales casos que esas peticiones de las mujeres, de aumentar o disminuir sus pechos, se acoplan sin quiebra a las normas de género dominantes; sería otro el juicio si las mujeres quisieran no tener pecho en absoluto. ¿Por qué es expresión de una elección – pregunta Butler- el que una mujer modifique el volumen de sus pechos y es indicio de enfermedad el que se incline por una extirpación total? En el primer caso -responde-, se trata de hábitos y de prácticas que están en consonancia con la división binaria mientras que en el segundo se pone en cuestión la división de los géneros.

Gerard Coll-Planes insiste en que nos causan más miedo y angustia hombres y mujeres que cuestionan el género normativo que los que aman a personas de su mismo género⁵⁹. Así, en el caso de los gays y lesbianas, se castiga más a aquellos “con pluma”, es decir, se aborrece la masculinidad en las lesbianas y la feminidad en los gays y se acepta mucho más un gay masculino y una lesbiana femenina y esto tanto en el exterior como en el interior del grupo. El rechazo aumenta en el caso de los transexuales al romper con la correspondencia sexo/género y mostrar el carácter no necesario de las vinculaciones macho/hombre y hembra/mujer, que son la base en la que se apoya el género normativo.

57 Judith Butler, *El género en disputa*, Paidós, Barcelona, 2007.

58 Judith Butler, *Undoing Gender*, Routledge, New York-London, 2004, p. 74. Judith Butler ha sido reivindicada sobretodo por los movimientos transexuales *queer* y intersexuales que se oponen al género binario masculino/femenino.

59 Gerard Coll-Planes, *op. cit.*, p. 128

8.5 Sentimientos y creencias

La sexualidad humana al ser en gran parte aprendida se entrelaza con afectos, sentimientos, emociones, vínculos afectivos, representaciones cognitivas (valores, símbolos y significados culturales), deseos de tener hijos y proyectos personales. El mismo enamoramiento podemos comprenderlo como una pasión compleja que implica a la vez unas emociones, un deseo de relación erótica y de vínculo afectivo y una determinada idealización fruto de narrativas literarias.

La ausencia de orientaciones innatas y su sustitución por la socialización y el aprendizaje introduce un gran factor de vulnerabilidad. Si la persona no aprende un mínimo de competencias personales y relacionales su déficit de habilidades sociales (falta de autoafirmación, de confianza, timidez excesiva, dificultad de comunicación...) puede conllevar problemas en sus relaciones sexuales. Los trastornos en nuestra sexualidad son frecuentes y tienen que ver prioritariamente con el subsistema psíquico: aprendizajes inapropiados, carencias afectivas, condicionamientos aversivos, conocimientos erróneos, factores socio-culturales, creencias disfuncionales. Por ejemplo, algunas personas creen que son anormales o que la sexualidad es una depravación y al final es su propia creencia la que está en el origen de sus trastornos. Algunas de estas creencias provienen de acciones y reacciones de otras personas en la más tierna infancia, antes de poder tener con-

ciencia de ellas, otras se forman durante la infancia y la adolescencia y dependen de un entorno socio-educativo y otras se elaboran en el transcurso de la vida adulta ligadas en buena parte a las interacciones positivas o negativas con los demás.

8.6 Institucionalización

La institucionalización de la sexualidad humana asegura la permanencia de unos determinados hábitos, regula las relaciones sexuales, socializa las personas en diferentes tipos de familia, controla las herencias, establece una determinada división del trabajo entre los sexos o una determinada política comercial de la sexualidad. Las instituciones dan perdurabilidad a ciertos deseos y los circunscriben dentro de un determinado repertorio de posibilidades. Una ensambladura de tabúes, deberes, imperativos y reglas de acción son propuestas y de algún modo plasmadas en los individuos y los grupos sociales a través de instituciones y aparatos prescriptivos diversos como la familia, las iglesias, las instituciones educativas o el Estado. Este juego de prohibiciones, prescripciones, reglas y tabúes generalmente se transmite de manera difusa mediante adiestramiento, constituyendo un juego complejo de elementos que se compensan, se corrigen y permiten ciertos compromisos y escapatorias. El que estos códigos morales sean “esculpidos” antes que predicados es lo que explica a mi modo de ver que en el fondo de los seres humanos haya cosas de difícil rectificación.

Un determinado troquelado de la acción, por ejemplo, mantiene la “sujeción” de la mujer al varón por más que éste asegure no quererlo o determinadas obsesiones sexuales de las que el mismo agente quisiera liberarse. Este cincelado del cuerpo explica algunos de los hechos sorprendentes que nos muestran los análisis sociológicos y psicológicos: en muchos procesos de emancipación algunos esclavos, mujeres o indígenas se aferran más a su antiguo rol que sus propios amos, y muchas de las personas que intentan librarse de un tipo de hábitos que les provocan sufrimiento se sienten ansiosas, inseguras y culpables o pasan toda una vida sujetas a terapias.

Pero esto no es todo, una cosa es una regla de conducta o código moral, otra mi actuación real en relación a este código, y otra la manera como el individuo establece su relación con los códigos morales para actuar conforme a ellos. A esto último es lo que Foucault llama régimen moral o dietética. Así, por ejemplo, algunas culturas acentuarán sobre todo el código y el cumplimiento de reglas y rituales para controlar la sexualidad, otras acentuarán el escrutinio permanente de las motivaciones e intenciones que empujan nuestra conducta sexual.

8.7 Fuerzas transformadoras

La acción humana nunca se deja amoldar completamente. En todos los grupos sociales y en todos los momentos históricos hay quienes no conforman su

sexualidad de acuerdo con lo instituido. Algunos resisten una determinada prescripción o prohibición, otros alteran los hábitos o transgreden determinadas normas. Por más controles sociales de todo tipo que obliguen a ajustar la acción de un determinado modo, la fijación siempre es provisional y se acaban produciendo crisis institucionales.

En la medida en que nos distanciamos de las actuaciones más o menos institucionalizadas de nuestro grupo social hacemos uso de nuestra razón crítica. Se trata de un dinamismo racional con el que cuenta el subsistema psíquico que nos permite cuestionar y transformar nuestras rutinas sexuales, nuestra forma de vivir y entender la sexualidad. Gracias a este dinamismo podemos hallar personas en todas las culturas que piensan y actúan de otro modo de lo que podría esperarse en razón de su origen, de su género, de su medio, de su educación y de los tópicos de su tiempo.

Este dinamismo nos permite, por ejemplo, cuestionar la existencia de un género binario (masculino-femenino) y considerarlo más fruto de contingencias históricas complejas que de constantes antropológicas o metafísicas

inevitables⁶⁰. Por más que estemos literalmente atravesados por los otros en nuestros cuerpos y sometidos por tanto a una poderosa influencia de factores sociales, inconscientes y biológicos, mantenemos un cierto grado de agencia o libertad. La libertad no es desde la perspectiva sistémica algo que se superpone a la naturaleza humana para controlarla o manejarla, sino que viene exigida por nuestra naturaleza. Es porque no tenemos instintos cómo el resto de los animales que necesitamos de una actividad racional que nos permita “inventar” y transformar hábitos sociales. Es esta fuerza la que nos permite decir con Sartre que «Lo importante no es lo que han hecho de nosotros, sino lo que hacemos con lo que han hecho de nosotros».

La fuerza de la razón nos permite crear éticas que persiguen disminuir el sufrimiento humano. Personalmente estoy totalmente de acuerdo con Ana de Miguel cuando afirma que “lo que está hoy en juego en el terreno de la sexualidad no es una visión positiva o negativa del sexo. Hoy el sexo está hasta en la sopa, en todas sus formas. La cuestión que

⁶⁰ Judith Butler no da ninguna importancia a estructuras previas al lenguaje. No solo no hay tendencias biológicas dignas de tenerse en cuenta, tampoco hay estructuras críticas de la razón dadas, previas a la cultura. Celia Amorós ha criticado, creo que con razón, este prejuicio antiilustrado que Judith Butler retoma de Foucault. Si no somos más que la expresión de una representación de género social, no podemos criticarlo en vistas a un ideal emancipatorio. Al rechazar el paradigma del pensamiento crítico, no queda más que asumir lúdicamente lo que se construye socialmente. Cf Celia Amorós, *Tiempo de feminismo, sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Cátedra, Madrid, 2008, p. 363 y ss.

está en juego es el enfrentamiento entre una concepción neoliberal de la sexualidad, en que todo vale si hay dinero y consentimiento de por medio, y una concepción estructural de la sexualidad que considera que las estructuras normativas y coactivas determinan a favor de los privilegiados “las elecciones” y el “consentimiento” de los individuos⁶¹. El consentimiento, el dinero, los medios de comunicación de masas, pueden fácilmente contribuir a hacer aceptable lo inaceptable. ¿Qué considero inaceptable? En la sexualidad las relaciones de abuso y dominación. Por eso me resultan incomprensibles los discursos que bajo una pretensión liberadora tienden a normalizar la prostitución o las relaciones sadomasoquistas.

Creo que la pregunta pertinente en ética no es qué es natural o no en la sexualidad de nuestros cuerpos, sino qué límites debemos poner al poder que ejercemos con nuestros cuerpos y a los deseos de este poder, pues el deseo sexual puede llevar simplemente a reducir al otro a objeto de satisfacción, sin ninguna consideración por su alteridad, sus sufrimientos y sus deseos.

De momento, me quedaría con esta sencilla y minimalista propuesta de José Antonio Marina⁶²:

⁶¹ Ana de Miguel, *Neoliberalismo sexual*, Ed. Catedra, Valencia, 2015, p. 147

⁶² José Antonio Marina, *El rompecabezas de la sexualidad*. Barcelona, Ed. Anagrama, 2002.

1. Son buenos todos los actos o relaciones sexuales que favorezcan el bienestar, la ampliación de las posibilidades afectivas, comunicativas, creadoras de una persona.

2. Son malos todos los actos o relaciones sexuales que atentan contra los derechos básicos de la persona, contra su libertad, la igualdad, contra los posibles hijos si es una relación abierta a la procreación, en la que no se incluye el compromiso para la atención de la nueva criatura, los actos que degraden la libertad de la persona favoreciendo cualquier tipo de adicción o dependencia.

3. Son indiferentes todos aquellos actos que no sean ni buenos ni malos.

Que completaría con:

4. Mantén los ojos abiertos a todo tipo de prácticas más o menos inconscientes que contribuyan a mantener la injusticia, pero sobretodo a las propias. Es lo que, por ejemplo, Luis Bonino nombra como micromachismos, hábitos de dominación masculina casi imperceptibles que actúan por acumulación en la vida cotidiana, pequeños abusos que van tejiendo una red que atrapa con sutileza la vida de las mujeres. Los varones seríamos expertos en desarrollar estas maniobras que sitúan en una plano de inferioridad o de servicio a las mujeres puertas adentro. Aún los varones mejor intencionados y con la auto-percepción de ser poco dominantes cultivan estas conductas con la inocencia del

hábito inconsciente⁶³.

En los cuerpos humanos aparece otra magnitud propia, el amor, que mirada desde una perspectiva evolutiva parece un ornamento totalmente inútil⁶⁴. El amor es una poderosa fuerza psíquico-social de nuestros cuerpos que implica singularidad, empatía, benevolencia, respeto y desinterés hacia el otro⁶⁵. Pero una fuerza modificada, lastrada, acartonada, por sentimientos, deseos, aprendizajes y presiones sociales de todo tipo. Las relaciones de poder y los contextos sociales intentarían amoldar esta fuerza a las necesidades socioeconómicas y a la legitimación del poder masculino. Es lo que podemos convenir en llamar “ideologías del amor” en cuanto éstas sirven para ocultar el funcionamiento real de la sociedad⁶⁶.

Ulrich Beck nos hace ver como a menudo las visiones universalistas del amor se centran en realidad en las formas de familia occidentales: parejas del mismo sexo, familias monoparentales, parejas de hecho, *living apart together* etc. y olvidan el drama cotidiano de las familias globales, de las relaciones amorosas y

63 Luis Bonino, “los micromachismos”. *Revista La Cibeles*, num 2, Madrid, 2004, citado por Ana de Miguel, *op. cit.*, p. 336.

64 Richard David Precht, *Amor, un sentimiento desordenado*, Ed. Siruela, Madrid, p. 164.

65 Jordi Corominas, “El amor en las relaciones sentimentales”, *Alternativas: revista de análisis y reflexión teológica*, N. 45, 2013, pp. 43-84

66 Esperanza Bosch, por ejemplo, defiende que el amor romántico entendido como incondicional, eterno y fusional, ha sido una de las “la herramientas más potentes para controlar y someter a las mujeres”. Cf. Esperanza Bosch. *La violencia contra las mujeres. El amor como coartada*. Barcelona, Anthropos, 2012

de parentesco entre personas que viven en continentes o distintos países, de las madres que cuidan a criaturas de otras madres y padres en países extranjeros y que se sienten culpables de la desatención de sus propios hijos e hijas en los países de origen⁶⁷.

Pero huir de determinadas “ideologías del amor” para caer en “el amor líquido”, que casa tan bien con nuestras sociedades neoliberales, es como huir del fuego para caer en las brasas. Bauman retrata un mundo que tiene miedo del amor en la medida en que éste implica ciertos compromisos. Se prefiere la fragilidad de vínculos sin compromiso y se prima el uso de las otras personas como objetos de usar y tirar⁶⁸. Ana de Miguel subraya muy bien que el amor no se agota en la “ideología del amor”⁶⁹. También ha provocado importantes cambios sociales y personales. El amor como motor de cambio ha podido incluso con el tabú de relacionarse solo heterosexualmente, de las castas, de las etnias, de la pertenencia a una determinada religión.

“La revolución no está, de forma intrínseca, en la mera forma de las relaciones: en tener una o dos parejas, en el poliamor, en ser pareja abierta, en ser lesbiana o queer. La reciprocidad y la lealtad, y sus opuestos: la sumisión, la no reciprocidad,

la exigencia al otro de entrega absoluta, en definitiva las ideologías del amor, pueden darse en todo tipo de relaciones. Puestas a elegir, mejor que la forma del amor, es el amor que empodera, pero empodera para hacer también alguna otra cosa que amar. No pasa nada por reconocer que necesitamos amor y que queremos una buena historia de amor, pero nunca a cualquier precio”⁷⁰.

El amor se coloca al margen de los señuelos establecidos y esto no solo es disfuncional en el mundo de hoy, sino que es peligroso para el sistema si cunde el ejemplo. Mejor que todo el mundo viva en la comunicación virtual, en los amores líquidos, evanescentes. Para esto están los antidepresivos, los euforizantes, los reguladores de humor, en suma una gigantesca epidemia mundial de toxicomanía, para que la gente trabaje, de resultados y no pierda el tiempo en inutilidades amorosas⁷¹.

Alain Badiou señala certeramente que hoy pretendemos amar, enamorarnos sin sufrir. “Es el amor asegurado a todo riesgo: usted tendrá el amor, pero como un asunto tan bien calculado, habrá seleccionado tan bien a su compañero cliqueando en Internet - evidentemente tendrá su foto, sus gustos en detalle, su fecha de nacimiento, su signo astrológico, etc.- que al término de esta inmensa combinación usted podrá decir: ¡ahora ya, con todo esto,

67 U. Beck, *Amor a distancia. Nuevas formas de vida en la era global*, Paidós, 2012.

68 Zygmunt Bauman, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, México, FCE, 2003.

69 Ana de Miguel, *op. cit.*, p 111

70 Ana de Miguel *op. cit.*, 119

71 Manuel Cruz, *Amo, luego existo. Los filósofos y el amor*, Espasa, Barcelona, 2010, *op. cit.*, p. 225

no puede fallar... después de todo esto va a funcionar... ahora ya no hay ningún riesgo!”⁷². Pero precisamente este miedo a correr riesgo nos imposibilita amar. Una sociedad como la nuestra quiere limitar los riesgos, hacer economía de la pasión. Y por eso piensa Badiou que el amor, en la organización económica actual del mundo, se encuentra amenazado. Pero también el orden establecido está permanentemente amenazado por el amor. Tradiciones, estrategias de mercado, instituciones, familias, dispositivos culturales, no logran controlarlo jamás del todo.

En nuestra sociedad sigue siendo más transgresor que un hombre de la mano a otro hombre y lo bese tiernamente por las calles de los pueblos a plena luz del día como manifestación de su amor que el que mantengan relaciones sexuales anónimas. Lo que más alarma a muchas familias no es imaginar un acto sexual de alguno de sus miembros que no es conforme a la ley o a la naturaleza, sino el amor, el que los individuos muestren su afecto y ternura públicamente⁷³.

⁷² Alain Badiou, *Elogio del amor*, Paidós, 2012op. cit., p. 5

⁷³ “El problema surge cuando los individuos empiezan a amarse. Los actos clandestinos anulan todo lo que puede haber de inquietante en el afecto, la ternura, la fidelidad, el compañerismo, a los que una sociedad un poco aseada no puede conceder un sitio sin temer que se formen alianzas, que se anuden líneas de fuerza imprevistas”. Cf. Didier Eribon, *Reflexions sur la question gay*, Librairie Arthème Fayard, Paris, 1999, p. 429